



LA LUNA MÁS HERMOSA

No tenía más de 2 ó 3 años, cuando descubrí la luna; ya la conocía, no creáis. La veía en el cielo, cada noche, cuando caía la luz y se ocultaba el sol; pero era otra luna.

Mi luna estaba en la habitación.

Años después descubrí que aquella “luna” no dejaba de ser sino un reflejo, de la luz que se filtraba desde el salón de estar donde estaban mis padres y que, a través de la rendija abierta (muy abierta) de la puerta de mi dormitorio, penetraba en la habitación.

Y que por esas cosas imposibles de describir, aquella luz se tornaba lunar, y adquiría incluso sus mismas formas. Era mi luna.

Con aquella luna las noches fueron mágicas. No estaba solo; ella y yo formábamos una alianza indestructible: ella me salvaba de situaciones complicadas; y yo le era fiel: cada noche esperaba llegar a mi habitación, para encontrarme con ella.

En alguna ocasión (pocas) no había luna; no porque se hubiera ocultado (situación atmosférica que hubiera sido muy lógica, aunque complicada de producirse en una habitación), sino porque mis padres cerraban la puerta. Entonces gritaba, mis padres acudían, y volvían a dejar la puerta lo suficientemente entreabierta, como para que regresara la luna. Mi luna.

Juntos conversábamos, y yo le contaba las cosas de cada día: cuando a la “seño” se le calló la bandeja de croquetas al suelo, algo que produjo una carcajada general (ella, no; nunca entendí por qué); cuando descubrimos que en una esquina del patio había palitos que se movían solos (me dijeron que se llamaban lombrices); aquellas siestas tan entrañables, donde se oían profundos ruidos (pedetes, en realidad)... Uf, muchas cosas había entre la luna y yo.

Cuando alguna noche no podía dormirme, ella me susurraba canciones al oído, y más de una vez la cogía con mis manos, estrechándola entre mis brazos. Era cierto, os lo juro.

¿Y cuando me liberaba de dragones, que acechaban en mis pesadillas?

Por las mañanas ya no estaba; también tenía derecho a descansar. Pero, por las noches, siempre, salvo en aquellas noches “nubosas”.

Con el paso de los años, multitud de situaciones me evocan aquellos momentos: olores, sonidos, músicas... pero siempre, cuando veo la luna cada noche, ya no en mi

habitación, sino en el cielo, ella sabe que siempre tiene (y tendrá) un refugio en mi dormitorio.

Ya sé que todo el mundo ve la luna; pero permitidme compartir con vosotros una certeza: esa luna es mía: la luna de mi fantasía, aquella luna forjada en mi imaginación que nacía de una luz (la sala de estar), que seguía por el pasillo de la casa y que, con esa altanería que solo la luna sabe tener, entraba en mi habitación. Y compartíamos juntos los momentos de la noche.

No tenía más de 2 ó 3 años. ¿Cómo? Cumpí 3 años, ahora recuerdo: la luna me felicitó, iluminándose más y cubriendo con su luz toda mi habitación.

¿Qué no era la luna, sino que mis padres habían abierto totalmente la puerta de mi habitación, para ver si dormía? No; ya sé que lo pensáis, pero no fue así: era la luna. Mi luna: La luna más hermosa.

Javier Alegría Villanueva

Está prohibida la reproducción total o parcial de este documento, salvo autorización expresa de sus autores.

ACENTO

Sakaneta, 1-1º F
31194 ARRE - NAVARRA
Teléfonos:
948 33 51 07 – 606 05 50 05 – 651 18 62 03
Correo electrónico: info@acento.info